



SOBRE LA SERVIDUMBRE VOLUNTARIA

**DE LA LIBERTAD COMO FICCIÓN Y HERRAMIENTA PARA LAS DEMOCRACIAS
ELITISTAS**

Juan David Sáenz M.*

El escrito, mezcla de ensayo, denuncia y manifiesto, busca en el *Discurso de la servidumbre voluntaria* de Étienne de la Boétie una clave para entender el modelo democrático en que vivimos. Este artículo no sólo intenta responder qué significa la libertad en las democracias, también enseña que comprender nuestra situación social y política puede ser el primer paso en la lucha contra la injusticia.

* Estudiante de último semestre del Programa de Filosofía de la Universidad del Quindío. Correo electrónico: jdsaenzm@gmail.com

“[...] la primera razón por la que los hombres sirven gustosos
es porque nacen siervos y son educados como tales.”

Étienne de la Boétie

Resulta curioso revisar el significado de *libertad* en nuestros días y enterarnos de que lo que para todos es algo que creemos una verdad absoluta, ha sido, en realidad, un concepto continuamente puesto a prueba a través de los tiempos. Con seguridad, eso sí, no sabemos si ha sido un concepto aceptado y puesto en práctica realmente (lo cual no deja de ser un poco paradójico y confuso). Parece ser que su significado ha estado, más bien, al servicio de algunos factores externos. Lo que deseo en esta ponencia es mostrar cómo un modelo democrático modifica el valor de la *libertad*, pues es en estos escenarios donde podríamos entrever las diferentes implicaciones que resultan de su manipulación. De esto se desprenderá una pequeña elucubración sobre el estado actual de la democracia y, en alguna medida, del papel que desempeñamos en ella. Lamentablemente, el escenario ejemplar más cercano para ilustrar este tema, sobrepasa cualquier especulación teórica, pues es la modesta institución que me alberga actualmente sobre la que puede recaer sutilmente el análisis de este ensayo.

En todos los modelos democráticos hay un consenso en cuanto a uno de sus presupuestos: que el problema, que debe estar resuelto, es que se esclarezca que la libertad y la igualdad van de la mano como bases fundacionales de cualquier modelo democrático. Siendo así, los diferentes tipos de gobierno que podríamos analizar en la historia de la política se han valido del término de diferentes medidas. Unos lo han aprovechado como herramienta para brindar la ilusión de ciertos privilegios de acción enmarcados en su forma de gobierno, y otros –los más– lo hacen para brindar una herramienta de participación política que garantice la toma de decisiones individuales. Sin extendernos, y sin señalar algunas excepciones que podríamos objetar a este par de supuestos simplistas, debemos decir que la mayoría de modelos democráticos han incluido este acuerdo de y por la libertad como una base para su funcionamiento y fundación. Ahora, hay algo característico de estos nuevos modelos democráticos: la forma en que usan este concepto actualmente.

El profesor Iván Darío Arango lo señala de una forma precisa al decir que «El lugar de la libertad cambia con el orden político, por lo cual se conocen varios conceptos de *libertad*, cada

uno de los cuales pretende servir de base para diferentes regímenes políticos [...]»¹. Debido a esto se puede argumentar que el modelo democrático en el cual se desarrolla una sociedad tendrá relación con un concepto de libertad que podemos definir como adecuado para su entorno.

Es gracias a esto que supeditaré mi argumento de que la libertad se establece como un pequeño instrumento de ficción al servicio de las democracias. Pero, también, es importante resaltar otro pequeño punto de vista, que es, para muchos, un antecedente de análisis político que no puede ser pasado por alto: el de la así llamada *servidumbre voluntaria*, donde reside nuestro papel como actores en este escenario. Ivan D. Arango lo sitúa al final de su libro *Bases conceptuales de la democracia* regalándonos un pequeño indicio de lo que Claude Lefort consideraba un antecedente importante para señalar el contenido intrínseco de los seres humanos en su disponibilidad al mandato de otros. Pareciera que la servidumbre, de la cual se puede sacar provecho –obvia y evidentemente– para ejercer poder, ha sido inevitable en toda nuestra historia como seres sociales.

El problema es que el rol que juega la *servidumbre*, en este contexto, no es una ficción propiamente, sino algo resultado del hábito, de la costumbre, y es de allí de donde una forma de libertad se erige. A esto los modelos democráticos pueden responder adaptando sus formas de poder según sus intereses, y creo que no es una tarea dificultosa llevar a cabo cualquier proyecto político, por descabellado, mediocre o injusto que sea, si las personas a quien se guía son, tan solo, unos siervos; peor, mucho peor, si quienes “guían” el proyecto son los propios serviles y corruptos siervos, un círculo vicioso.

«Es el pueblo el que se avasalla, el que se corta la garganta; el que, teniendo la elección de ser siervo o de ser libre, deja la libertad y toma un yugo, consiente a su mal, o más bien lo persigue»². Para Étienne de la Boétie, escritor del *Discurso de la servidumbre voluntaria*, a quien pertenece el fragmento anterior, somos nosotros quienes arrastramos la pesada responsabilidad de ser siervos y de someternos a las injusticias de las arbitrariedades que nos imponen. Es así,

¹ Arango, Iván Darío. (2013). *Bases conceptuales de la democracia*. Colombia: Universidad de Antioquia, 2013. p. 59.

² De la Boétie, Étienne. (2003). *Discurso de la servidumbre voluntaria*. México: Sexto Piso. p. 19.

en este sentido, que la libertad sigue afirmándose como ficción, pues aunque debiera ser natural, parece ser que la bruma del engaño se cierne sobre nuestra naturaleza.

De la Boétie es contundente con sus ejemplos. Para reafirmar la idea de nuestra libertad, para hacer énfasis en su carácter natural, nos compara con aquellas bestias que a pulso de dominación y fuerza se domestican y someten. Estas bestias no ceden por voluntad o deseo propio, lo hacen a fuerza de hábito y costumbre a dicho sometimiento. Así nuestro carácter también se ve modificado, pero el problema es que aunque nazcamos libres, nacemos bajo el yugo de la obediencia y el servilismo. «Esto es, que los hombres, naciendo bajo el yugo y luego nutridos y educados en la servidumbre, sin mirar más allá, se contentan con vivir como han nacido, y para nada piensan en tener otro bien ni otro derecho que éste que han encontrado.»³

Es asombroso, si se me permite insistir un poco en este tema, cómo incluso algunos autores fundamentales para el establecimiento de las bases teóricas democráticas actuales –Rousseau, por ejemplo– han dado por sentado el supuesto de que la libertad es una mera ficción. Puede, tal vez, que no sea precisamente este el sentido en que todos lo entiendan, pero hay un par de fragmentos del autor que dejan mucho qué pensar, por ejemplo: « [...] podríamos incluir en el haber del estado civil a la libertad moral, que es la única que convierte verdaderamente al hombre en dueño de sí mismo, porque el impulso exclusivo del apetito es esclavitud y la obediencia a la ley que nos hemos prescrito es *libertad*.»⁴. La *obediencia*, sí, esta es la forma de libertad que permite que un gobierno legisle sobre nosotros, en este caso. Si bien el asunto no es precisamente el desnaturalizar al hombre de sus propias decisiones como las que determinan el camino por el cual quiere llevar su propia vida (como el posible desarrollo de una moral propia), sí podemos analizar esta breve cita como la evidencia de la asimilación de que la libertad como concepto es y debe funcionar como una herramienta para el cumplimiento de la obediencia del poder de unos sobre otros.

Esta inquietante tensión entre la servidumbre y la libertad pareciera anular cualquier discusión que pretendiera aclarar los resultados pragmáticos del planteamiento democrático. Es esta discusión la que nos lleva a una nueva aclaración: si la libertad es algo así como una

³ Ibid., p. 27.

⁴ Rousseau, Jean-Jacques. (2012). *El contrato social*. México: Taurus. p. 26. (Las cursivas son mías.)

servidumbre voluntaria de la cual los gobernantes sacan provecho para ejercer poder, ¿entonces cuál es el fin de dicha “ficción”?

David Held, en su libro *Modelos de democracia*, además de ofrecernos un recorrido muy juicioso a través de la historia de los sistemas democráticos, nos ofrece algunas críticas puntuales a cada uno de los modelos estudiados. Al final parece que para el lector, además, hay una opción y es la de seleccionar con cuál de estos está de acuerdo y, sin obviar el propuesto por el autor, intentar adaptarlo a nuestra visión de la sociedad. Algo así como escoger uno de los modelos para identificar cuál es el que estamos viviendo.

En este repaso por dichos modelos hay un problema que llama la atención y es el del ejercicio del poder sin mediación directa. Y algo así no debe ser pasado por alto si lo que pretendemos es argumentar que la libertad es un elemento de poder al servicio de las democracias. La terrible idea de que incluso la abstención de la participación política resulte siendo una herramienta de poder para aquellos que llevan los rieles del gobierno de turno, no puede ser más conflictiva. Aquellos que se abstienen, o aquellos que aceptan el orden de las cosas, sin ningún criterio o sentido crítico de su entorno, son justamente quienes alimentan las decisiones injustas y corruptas de un gobierno. En medio de este modelo democrático elitista en el que, francamente, debemos aceptar que cada vez nos vemos más involucrados (a nivel local e internacional, y esto se debe en gran parte al sistema económico que nos rige) no quedan, al parecer, muchas herramientas de posible resistencia o peor, de libertad.

Las herramientas que el gobierno elitista le puede brindar a la sociedad son producto, también, de una ficción democrática. Se crean herramientas de participación políticas que ilusoriamente brindan los medios para participar como agentes de influencia en la misma, pero, en últimas, resultan siendo el poder de alguien “superior” para anular el poder del actor previo. Esta ficción, de nuevo, está anclada al escenario de sometimiento al que nos tienen acostumbrados, o peor, al escenario que hemos permitido y creado. De la Boétie, de nuevo, nos recuerda algo: «La naturaleza del hombre es ser libre y querer serlo, pero también su naturaleza es tal que ciertamente tiene el hábito que la educación le da»⁵.

⁵ De la Boétie, Étienne. (2003). *Discurso de la servidumbre voluntaria*. México: Sexto Piso. p. 30.

Surge una nueva dificultad y es asumir que la educación es fuente segura de desenvolvimiento político y social. ¿Es esto fiable? Si nos hemos educado en un sistema que de base nos ha dominado, nos ha sometido, pues entonces todas las herramientas estarán prestas para ella y aún más, seremos condescendientes con cuantas injusticias y zancadillas incluya dicha condición. Es decir, así las herramientas que nos brinde el modelo elitista-competitivo de democracia –que es el modelo que nos abriga actualmente– sean de carácter aparentemente justo e inclusivo, nuestra naturaleza, corrompida, dominada y servil nos adecuará para aceptar cualquier atropello.

Esto, de nuevo, nos conduce a las razones que soportan nuestra voluntad servil. Y la primera de ellas es que nos hayamos acostumbrado a ella. Las consecuencias de esto permiten que aceptemos lo que sucede, como suceda, sin ningún espíritu crítico. «Las personas sometidas no tienen ninguna alegría ni disposición en el combate: van hacia el peligro casi como atados y todos entumecidos, como cumpliendo penosamente un deber impuesto.»⁶ Así marchamos, por ejemplo, a las urnas, a cumplir un deber impuesto, sin ninguna garantía de satisfacción por parte de estas herramientas ficticias de lo que ahora hemos dado en llamar “las herramientas de la democracia” o de los “entornos democráticos”⁷.

Se puede plantear, sensatamente, que el dominio del poder reside, en nuestros días, en poderes altamente elitistas, que alejan a cualquiera que quiera participar en él de una forma directa a no ser que tenga vínculos con los medios de producción económicos o con alguna clase de “tradición hereditaria”, un eufemismo para referirnos a los pueriles vínculos afectivos que unen a los que ambicionan el poder. Siendo así, el ejercicio de poder reside en unos cuantos “aptos” que ejercen el control de las decisiones de la sociedad. Aunque este modelo de democracia elitista no aparente ser un modelo justo –en teoría–, al menos en la práctica es rotundamente efectivo, inevitable y cotidiano.

⁶ Ibid., p. 33.

⁷ Más ejemplos de “herramientas” al servicio de la dominación servil la encontramos en el ensayo de la Boétie cuando nos recuerda el claro ejemplo de dominación por parte de Ciro a la ciudad de Sardes. Usó lo que llamaríamos herramientas de servicio social al inaugurar burdeles, tabernas y juegos, y así mantener el engañoso estado de bienestar entre sus ciudadanos. Nunca tuvo que intervenir militarmente la ciudad y sus ciudadanos permanecieron serviles y fieles. (De la Boétie, 2003:34-35).

¿Pero cuál es la naturaleza primigenia de este tipo de poder? ¿Qué la sustenta o por qué nos sometemos a él? De nuevo, De la Boétie nos recuerda que no es el poder de un hombre, individual y directamente, el que somete a otros cien o miles de ellos. Es la cadena de influencia que genera sobre cinco a su alrededor y estos, a su vez, sobre otros tantos. Así se amplifica la ficción y se establecen una serie de reglas derivadas de la ambición y los favores, y las posibles ganancias que se puedan derivar de unos sobre otros (De la Boétie, 2003: 40-42), un escenario de carroñeros, coloquialmente hablando. Me permito leer la descripción del autor sobre esta situación, pues sus palabras son inmejorables:

“Así como los médicos dicen que, aunque nuestro cuerpo no sufra daño alguno, en cuanto en algún lugar se manifiesta una cosa enferma, desde ese momento todos los males se rinden a esa parte agusanada, igualmente, desde el momento en que un rey se ha declarado tirano, todos los malvados, toda la hez del reino, y no digo un montón de ladronzuelos y desorejados que apenas pueden hacer ni mal ni bien en una república, sino aquellos que son poseídos por una ardiente ambición y por una notable avaricia, se amontonan alrededor de él y lo sostienen para tener parte del botín, y ser, bajo su poder, ellos mismos tiranuelos.”⁸

Debo decir que este estudio no es más que la exposición del problema que se deriva del uso de la libertad como una herramienta de ficción al servicio de las democracias elitistas y que por lo tanto no es más que una introducción a una posible solución menos pesimista del estado actual de las cosas, pues reconocer nuestro ámbito político debe tener como resultado buscar y, en lo posible, hacer valer nuestros derechos antes de ser condicionados a la educación servil que proponen los que podemos identificar como corruptos, injustos o ilegítimos.

Y así las cosas, ¿en qué ha cambiado, desde su nacimiento (el de la democracia), el verdadero control del poder por parte de las sociedades? Parece ser que la ficción actual se perpetúa y se agudiza, y que el medio para resistirla no es precisamente la creación de un “nuevo modelo” para explicarla y hacerla coincidir con la teoría, sino la adaptación de nuevas medidas de participación que sean más conscientes del estado político en el que se ven envueltos –y dominados– sus ciudadanos.

⁸ Ibid., p. 42.

Para finalizar, quisiera proponer, además, un punto de vista en apariencia ingenuo: una medida de asegurarnos una mejor lectura de estos eventos tiránicos, e ilegítimos, es hacer una correcta identificación de valores sencillos y humildes como, por ejemplo, los que nos recuerda De la Boétie, nuevamente: «Eso que vuelve un amigo seguro del otro, es el conocimiento que tiene de su integridad: su bien natural son los garantes que tiene, la fe y la constancia. No puede haber amistad ahí donde hay crueldad, deslealtad e injusticia. Cuando se reúnen los malvados siempre hay un complot y no una compañía. No se aman, se temen; no son amigos, sino cómplices»⁹. Que sepamos muy bien no sólo cómo vamos por la vida, sino con quién, parece insinuar el autor. Creo que ver a un grupo de personas confabuladas, en contra de toda sensatez y pruebas, y cubiertos de ambición y avaricia, expone muy claramente a qué modelo de ficción democrática nos debemos atener, y en qué medida exigen de nosotros que seamos fieles y voluntarios siervos.

⁹ Ibid., p. 46.

Bibliografía:

Arango, Iván Darío. (2013). *Bases conceptuales de la democracia*. Colombia: Universidad de Antioquia, 2013.

De la Boétie, Étienne. (2003). *Discurso de la servidumbre voluntaria*. México: Sexto Piso.

Bibliografía secundaria:

Dahrendorf, Ralf. (2003). *Después de la democracia*. México: Fondo de cultura económica.

Held, David. (2001). *Modelos de democracia*. España: Alianza.

Rousseau, Jean-Jacques. (2012). *El contrato social*. México: Taurus.